

Arzobispo le leyese la pasión de San Ioan: leyósele declarándole algunos passos devotos como mejor supo; mostrando en todos ellos *el santo Rey* un sentimiento admirable, como quien comenzava ya á gozar de sus frutos y celestiales efectos ¹.»

Cosa digna de mucha admiración: aquel gran Monarca, más atento á la salvación de su alma que á la enfermedad dolorosísima que padecía, no dejaba descansar, ni un punto, á los ministros de Dios que alternaban en exhortarle y ayudarle á bien morir. Ni perdía palabra de tantos y tan variados razonamientos: todo lo escuchaba con semblante de alegría sin jamás cansarse, como dice el citado cronista, de oirlo toda aquella noche en peso, que aún los muy sanos y fuertes se cansaban, y él les despertaba diciendo: «Padres, decidme más,» que cuanto más se allegaba á la fuente, tanto crecía más la sed. Arriba se ha indicado ya que D. Fernando de Toledo, servidor fidelísimo del Rey, era el encargado de entregarle, cuando llegase la hora postrera, una de aquellas dos candelas de Nuestra Señora de Montserrat, de que antes se hizo mérito. A las doce de aquella última noche, viendo señales alarmantes, quiso el susodicho D. Fernando poner en manos de Su Majestad una de las dos velas encendidas. Mas el Rey, con apacible semblante y seguridad extraña, le dijo: «Guardadla, que aún no es tiempo.» A lo que añade Sigüenza: «que no hace poca prueba de la certeza y claridad que tenía de su hora.» Y hubo testigos de vista, muy caballeros y dignos de entero crédito, que certificaron de cómo el Rey Prudente suplicó á Dios con mucha instancia que le quitase los dolores en la hora de la muerte, para poder con más entereza y conocimiento entregar el alma en sus manos divinas, sin que le embarazasen la enfermedad

¹ «La tarde antes de la última noche, dixerón los médicos á D. Christobal de Mora que Su Magestad se yva acabando aprisa, que se le dixese claro para que se aparejase á la partida, como si hubiera hecho otra cosa en el discurso de aquella enfermedad, *y aun de su vida*; pienso yo sabia harto mejor que ellos el punto. Avia el dicho muchas veces en estos dos dias postreros que le avisassen quando llegára su hora, porque queria hablar con Dios y convertirse todo á él.... Llegado el Arzobispo de Toledo, le hizo una plática estudiada que duró más de media hora....» Sigüenza, en el dicho libro III, pág. 683.

y dolencias del cuerpo. «Y advirtieron, escribe el referido historiador, que día y medio antes, quando ya los pulsos se apresuravan y davan señal de su fin, ningún género de dolor, ni de sentimiento de tantos males, como le cercaron para derribarle, tenia ¹.»

IV.

SU MUERTE.

Algunos sucesos que iban acaeciendo en aquellos días postreros de la enfermedad del pío Monarca, muestran claramente que Dios había oído sus plegarias, concediéndole especial reposo y descanso de los dolores. Porque á las tres de la mañana última de su vida tornóse á dar la candela de Nuestra Señora de Montserrat el buen caballero D. Fernando de Toledo. Y Su Majestad, como si supiera con certidumbre que el momento decisivo estaba próximo, se la tomó mirándole, y con apacible sonrisa le dijo: «Dadla acá, que ya es hora.» Estas palabras comenta con mucho seso el reverendo Sigüenza, de esta suerte: «No es aquel tiempo de risa para los tristes que no buscaron otra cosa en esta vida sinó gustos; mas sí para aquellas dichosas almas que usaron de los oficios y dignidades, y de las cosas deste mundo, como si no usáran: estos se

¹ «Cerca de la una de la noche llegó el confessor de Su Magestad que oy es, y le hizo otro razonamiento: escuchávalo todo el devoto Señor con alegre semblante.... D. Fernando de Toledo, que sirvió en esta y otras muchas enfermedades á su Rey.... estava cuydoso para darle una de las velas de Nuestra Señora de Monserrate que diximos le avia encomendado. Llegó á dársela á las doce de la noche.... Certifican algunos caballeros de su Cámara, dignos de toda fe, que Su Magestad pidió encarecidamente á Nuestro Señor, le hiziesse merced que á la hora de su muerte cesassen sus dolores, para que con más entero juicio y sin que el alma tuviesse necesidad de acudir á las cosas del cuerpo, ni sus males la embarazassen, pudiesse contemplar sus divinas misericordias al abrazarse con él y tratar su salvación.» Sigüenza, en el dicho libro, pág. 653.

rien en este punto, y en él se comienza su alegría por las señas y prendas que reciben de su descanso, y porque les dice ya el espíritu que reposen de sus trabajos ¹.» La otra cosa extraña, entonces mismo acaecida, fué que muy poco tiempo antes de acabar le sobrevino un parasismo tan intenso y grave, que cuantos rodeaban el lecho le tuvieron por muerto. Como en semejantes casos acontece, pusieronse todos á llorar inconsolables, y de repente abrió los ojos el regio moribundo y los volvió con muy segura mirada al Crucifijo que tenía en sus manos el caballero D. Fernando. Era el mismo del Emperador Carlos V, y con el que murió; y acordándose de ello el devotísimo Rey, lo tomó con la mano y lo llevó repetidas veces á sus labios con envidiable ternura. Aquel revivir tan inesperado y súbito, de quien parecía ya finado, admiró no poco á los circunstantes. Entre ellos se hallaba Sigüenza, quien no con menor asombro que los demás, lo refiere todo de esta manera: «Entendióse de lo uno y de lo otro que Nuestro Señor usava con él de grandes misericordias y le revelava dentro su bien y su salud que reconocia en sí mismo el fruto del árbol santísimo de la Cruz, medio de la salud de las almas: y así besava y adorava las imágenes de fuera por ser el traslado y la seña del bien que gozaba dentro ².»

Al fin, acercóse á D. Felipe el Prior del Monasterio de San Lorenzo para leerle la recomendación del alma según ordena el Manual romano; y como abunda tanto en doctrina y reflexiones devotísimas, la recibió Su Majestad muy de buena gana, dando señales de satisfacción y complacencia. El resto de la noche, con asombro de todos, no empleó como otros enfermos en buscar descanso al cuerpo, sinó en jaculatorias,

¹ El mismo autor y libro citados, pág. 684.

² «Sucedieron aquí dos cosas dignas de advertencia que confirma bien estos favores divinos. La primera, que tornándole á dar D. Fernando de Toledo la candela de Nuestra Señora de Monserrate á las tres de la mañana, alzó el Rey los ojos, y le miró riéndosele..... La otra fué que luego á hora y media ántes que expirasse, tuvo un paraxismo, no sé si lo llamemos así, tan grande, que todos entendieron que habia ya acabado. Y estando tristes y derramando lágrimas, súbitamente abrió los ojos, etc...» Sigüenza, en el libro y lugar dichos.

plegarias y otros ejercicios santos. Y esto por manera tal, que suplicándole el doctor Juan Gómez que reposase algún rato para cobrar alientos y tornar después al ejercicio de sus devociones, le respondió el piísimo Rey: «No es tiempo.» Y con efecto, no cesó ni un solo punto, hasta morir, de invocar la misericordia divina, la protección de la Madre de Dios, la asistencia de los Santos, besando una y otra y mil veces el Crucifijo que tenía en la mano. Ni olvidaba tampoco la reliquia de San Albano, que le habían puesto delante de los ojos con indulgencia plenaria para la hora de la muerte. Con tan santas disposiciones, dando raro ejemplo y lecciones de bien morir, fué espirando poco á poco, de suerte que, sin apenas moverse, y «dando dos ó tres boqueadas, salió aquella *santa alma* y se fué según lo dicen tantas pruebas, á gozar del reino soberano ¹.»

Así, y en tanta piedad, finó el Rey Prudente, dejando al mundo, á las testas coronadas y á cuantos gobiernan pueblos ejemplar muy vivo de religión y fe, de prudencia y capacidad, de fortaleza y paciencia, de rectitud y justicia, de poder y de grandeza, de liberalidad y magnificencia, de toda virtud cristiana. Y aquí oiga el lector al severo cronista que se viene citando, quien con elegancia inimitable escribe: «Durmió en el Señor el gran Felipe II, hijo del Emperador Carlos V, en la misma casa y templo de San Lorenzo que avia edificado, y casi encima de su misma sepultura, á las cinco de la mañana quando el alva rompía por el Oriente, trayendo el sol la luz del domingo, día de luz y del Señor de la luz: y estando cantando la Misa del alva los niños del Seminario, la postrera que se dixo por su vida, y la primera de su muerte, á treze de Setiembre, en las octavas de la Natividad de Nuestra Señora, vigilia de

¹ «Ultimamente el Prior de San Lorenzo leyóle la recomendacion del alma, que está en el Manual Romano, devota y de santas consideraciones: advirtióla bien y dió señas de alegrarse con ella. Perseveró toda la noche con gran admiracion de los que allí estaban en estos santos ejercicios..... Las últimas palabras que pronunció y con que partió des te mundo, fué decir como pudo que moría como católico en la fe y obediencia de la Santa Iglesia Romana.» En el mismo libro y lugar citados, del P. Sigüenza.

la Exaltación de la Cruz, el año 1598. En el mismo día que catorce años antes se avía puesto la postrera piedra de todo el quadro y fábrica desta casa, circunstancias de consideracion. El año de su edad de setenta y dos, porque nació á veinte y uno de Mayo el año mil quinientos veintisiete. Recibió el gobierno destes reynos el año 1559. Comenzó á edificar este Monasterio el de 1563 á 23 de Abril. Gozóle después de aver puesto la postrera piedra el año 1584 en el mes de Setiembre, catorce años justos, que es otra particular merced del Cielo. Quantos nos hallamos allí presentes, celebramos su tránsito con grande copia de lágrimas, todas pocas para tan grande pérdida, y aún á muchos no se les han enjugado, ni le acabarán de llorar hasta que se acabe la vida ¹.»

Queda, pues, á grandes rasgos trazada y concluida en el discurso de este humilde escrito, la historia particular del Rey Prudente; y no hay que añadir ahora sinó que su vida fué muy cargada de azares y cuidados; y según frase de Porreño, «como la de un tejedor que tiene la tela repartida en diversos hilos, y trabaja con manos y piés y ojos. Siempre trabajó; con las manos escribiendo, con los piés caminando; y el corazón repartido en hilos. Un hilo en Flandes, otro en Italia, otro en Africa, otro en el Perú, otro en la nueva España, otro en los ingleses católicos, otro en la paz de los Príncipes cristianos, otro en las aflicciones del imperio, con notable atención á diversos gobiernos y peligros. Quebróse el hilo de las Indias, prisa á atarlo; quebróse el hilo de Flandes, correr á su remedio; y con estar tan atento y divertido á tantos hilos, al acabarse la vida tuvo ánimo para llamar la muerte y traerla por la mano al día y hora que fué su sazón.» Así compendia la historia general de D. Felipe II en diez renglones el licenciado Porreño, que tanto vale y sirve para encontrar la Nueva Luz sobre el Católico Monarca ².

Ni se acabaría el relato de la muerte de D. Felipe II si se

¹ Libro III de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, discurso 21, páginas 684 y 685.

² Porreño, *Dichos y Hechos del Señor Rey D. Felipe II el Prudente*, capítulo I, pág. 14.

hubiera de copiar cuanto de ella escribieron los historiadores contemporáneos que la refieren. Pero todos ellos convienen en un punto como se ha visto; es á saber: que vivió como Rey prudente, grande, benigno y justiciero, y murió como un santo. En confirmación de lo cual escribe el citado Porreño: «La gravedad, severidad, mesura y compostura que tanto guardó en vida, que fué virtud singularísima y propia suya, entre los reyes y príncipes del mundo, esa misma tuvo en la muerte; de tal manera, que cuando se carearon estaba delante de S. M. medrosa y desarmada, que aunque la pintan con arco, jaras, saetas y guadaña, los pecadores se las dan, como dice San Pablo (1, Chor. 15.) *Stimulus mortis peccatum est*: y así murió como un varon santo, que morir tan sereno condición de justo es.» Demás estaría también declarar el sentimiento profundo y las lágrimas que en los pueblos y ciudades de sus reinos corrieron por las mejillas de grandes y pequeños, de ricos y menesterosos. Las historias de aquella fecha comparan los llantos en la muerte de Felipe II con los que llenaban el aire en la de David, Ezequías, Matatías, Jonatás, Josías, Judas Macabeo y otros varones tan encarecidos en las divinas letras del Antiguo Testamento ¹.

Y porque también acabe esta relación con documentos inéditos, queden aquí ante los ojos las cartas manuscritas que el Príncipe D. Felipe III dirigió, estando su padre de cuerpo presente, al Arzobispo de Toledo D. García de Loaysa Girón. Dice así la primera al pié de la letra: «El Rey—Muy Reverendo en Christo padre Arzobispo de Toledo, primado de las Españas y del nuestro consejo de estado, no hemos merecido mas tiempo al rey mi Señor en esta vida, pues nós lo ha llevado Dios, yo quedo con el desconsuelo que tan gran pérdida obliga, y ya que los demas caminos para servirle han cessado, empleémonos todos en uno solo que nos queda, que es encomendar á Dios su ánima; encárgeos mucho que ordeneis se haga esto en vuestra santa iglesia y por todo el arzobispado con los sufragios y oraciones que de mucha vuestra christiandad y fidelidad me

¹ *Dichos y Hechos del Señor Felipe II*, por Baltasar Porreño, capítulo I, págs. 15 y 16.

prometo en cosa de tanta obligacion. Tambien porque el gobierno de los reinos en que nuestro Señor me ha puesto es carga de tanto peso si él no da la virtud y las fuerzas para poderlo bien llevar, yo os encomiendo que pidais con los mismos votos é instancia á Dios que me assista con su gracia para que acierte á cumplir con su servicio y el bien de lo que me está encomendado; avisadme particularmente de lo que en lo uno y lo otro ordenáreis, y para que las oraciones sean más azetas y admitidas, procurad que se excusen pecados: de San Lorenzo á 13 de Setiembre de 1598.—Yo el Rey.—Rúbrica.—Don Martin de Idiague ¹.»

Otra carta, interesante como la anterior, relativa á la muerte del Rey Prudente y á lo mucho que se le lloró en sus Estados, merece quedar aquí por venir tan á cuento. Es también del Rey Felipe III al mismo Arzobispo de Toledo, D. García de Loaysa. Comienza diciendo: «El Rey.—Muy Reverendo en Christo Padre arzobispo de Toledo, primado de las Españas, canciller mayor de Castilla, del nuestro consejo, ya sabeis como el domingo passado que se contaron 13 del presente, á las cinco horas de la mañana, fué nuestro señor servido llevar para sí al Rey mi señor de una larga y muy grave enfermedad (haviendo recibido los sanctos sacramentos con gran devocion) de que he tenido y me queda la pena y sentimiento que tan gran pérdida obliga, aunque no es pequeño consuelo haver acabado como tan católico y christianísimo Príncipe como Su Majestad lo fué, y assí se debe esperar en la misericordia de Dios nuestro Señor que estará gozando de su acatamiento, ruego os proveais y deis orden que en essa sancta iglesia y en las otras de vuestra diócesi se haga la demostracion que en semejante caso se suele hacer, y que se digan las Missas y otros sacrificios y oraciones que se acostumbran, y se encomiende á su Divina Majestad su ánima, que en ello recibiremos de vos mucho contentamiento: de Madrid á 18 de Setiembre de 1598.—Yo el Rey.—Rúbrica.—Por mandado del Rey nuestro Señor, D. Luis de Salazar.—Rúbrica ².»

¹ Archivo de manuscritos de los Arzobispos de Toledo, legajo 8.

² En el mismo Archivo y legajos citados de los Arzobispos de Toledo.

Con lo dicho queda terminada la primera parte de la *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*. Ahora, conforme á mi deber y esperanzas del lector, siguen nuevos capítulos que forman como la segunda parte de este libro. En ellos creo responder con fundamento histórico, claridad y sencillez, á los puntos negros ó manchas que los enemigos fieros y mansos quieren ver, ó encontrar en la figura jigante de aquel Rey que tan perfectamente representa las tradiciones gloriosas y la historia excepcional é incomparable de nuestra España. Da comienzo esta segunda parte con el desatar la mayor de las dificultades que modernos autores presentan contra el honor y fama de don Felipe; conviene á saber: la causa ruidosísima contra el secretario Antonio Pérez por la muerte de Escobedo y otros delitos. Y ante todo, léase en pequeño su biografía.